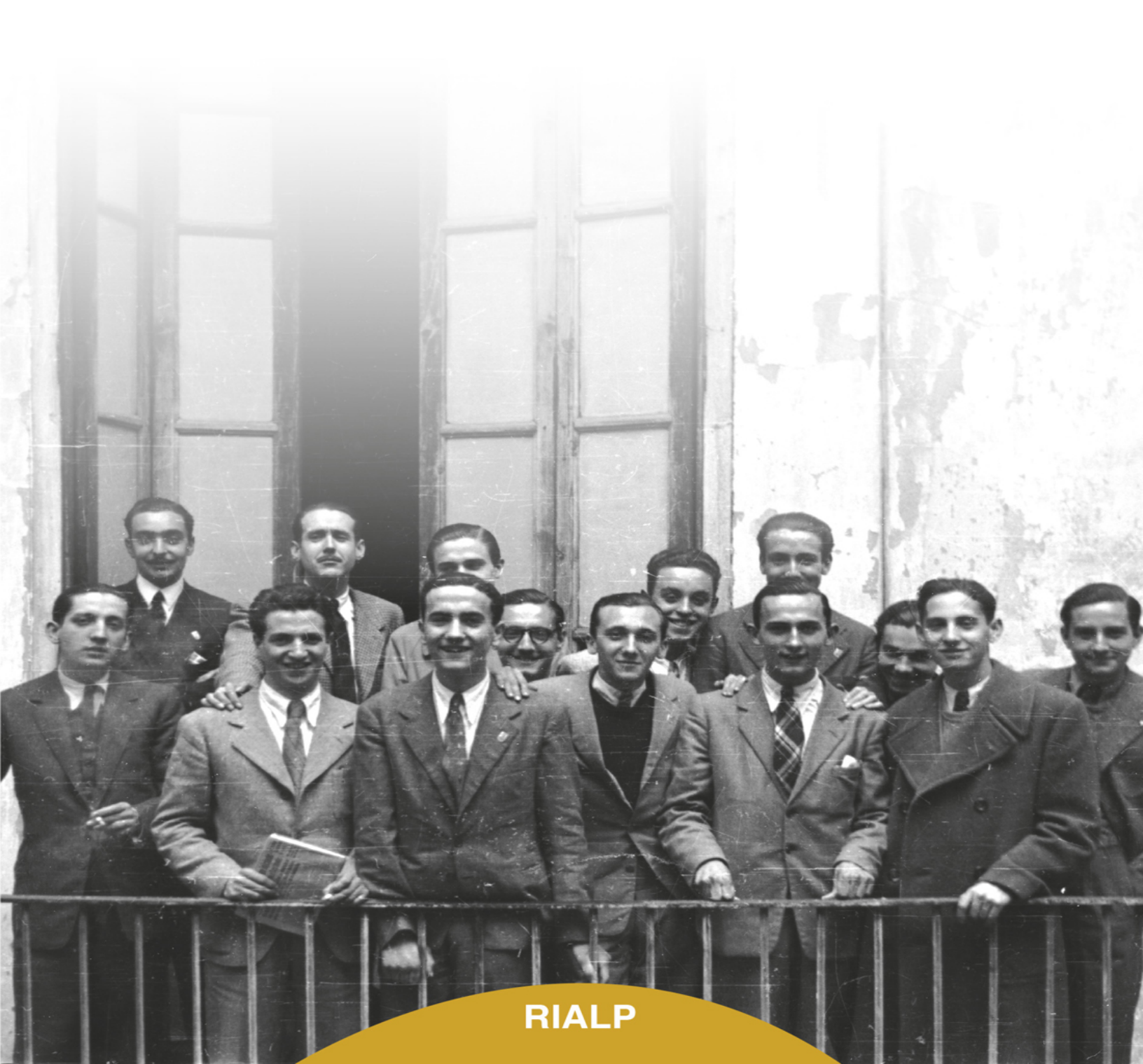


ONÉSIMO DÍAZ

EXPANSIÓN

El desarrollo del Opus Dei entre los años 1940 y 1945



RIALP

ONÉSIMO DÍAZ HERNÁNDEZ

EXPANSIÓN

El desarrollo del Opus Dei
entre los años 1940 y 1945

EDICIONES RIALP
MADRID

© 2020 *by* FUNDACIÓN STUDIUM
© 2020 de la edición española *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid
(www.rialp.com)
© de las fotografías *by* Prelatura del Opus Dei

Colección de monografías
Istituto Storico San Josemaría Escrivá
Via dei Farnesi 83
00186 Roma

www.isje.org

Comité editorial de la colección: Inmaculada Alva, Onésimo Díaz Hernández,
Carlo Pioppi, Federico M. Requena

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-5295-5

ISBN (versión digital): 978-84-321-5296-2

SUMARIO

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

SIGLAS

INTRODUCCIÓN

I. EL DESARROLLO DEL OPUS DEI EN EL CURSO 1940-41

1. LA ACTIVIDAD DEL FUNDADOR Y LAS PRIMERAS INCOMPRESIONES
2. LOS TRES CENTROS DE MADRID
3. EL PALAU DE BARCELONA
4. LA RESIDENCIA DE SAMANIEGO EN VALENCIA
5. EL RINCÓN DE VALLADOLID
6. EL APOSTOLADO INCIPIENTE EN ZARAGOZA
7. LOS PRIMEROS PASOS EN EL PAÍS VASCO Y NAVARRA
8. LOS ÚLTIMOS VIAJES A SALAMANCA
9. EL PRIMER VIAJE A PORTUGAL
10. LAS SEMANAS DE FORMACIÓN
11. LA SITUACIÓN DEL OPUS DEI EN EL VERANO DE 1941
12. EL APOSTOLADO DE LAS MUJERES
13. EL BALANCE DEL CURSO 1940-41

II. «LA BATALLA DE LA FORMACIÓN» (1941-42)

1. LA PREDICACIÓN Y OTRAS ACTIVIDADES DEL FUNDADOR
2. LOS CUATRO CENTROS DE MADRID
3. LA VIDA EN EL PALAU DE BARCELONA

4. LA VITALIDAD DE LA RESIDENCIA DE VALENCIA
5. EL SOSIEGO DEL CENTRO DE VALLADOLID
6. LA ACTIVIDAD APOSTÓLICA EN ZARAGOZA
7. LA SITUACIÓN EN BILBAO Y SAN SEBASTIÁN
8. EN LAS MILICIAS UNIVERSITARIAS
9. EL PRIMER INFORME DE FALANGE SOBRE EL OPUS DEI
10. EL *AFFAIRE* DE LAS CÁTEDRAS
11. LA COYUNTURA DEL OPUS DEI EN 1942
12. LA ACTIVIDAD DE LAS MUJERES
13. LA VALORACIÓN DEL CURSO 1941-42

III. UN CURSO DE TRANSICIÓN CON LUCES Y SOMBRAS (1942-43)

1. LAS ACTIVIDADES DEL FUNDADOR
2. UN CURSO TRANQUILO EN MADRID
3. EL PALAU EN EXPANSIÓN
4. UN AÑO MÁS EN SAMANIEGO
5. UN CURSO DE TRANSICIÓN EN EL RINCÓN
6. LA SITUACIÓN DE QUIETUD EN ZARAGOZA
7. LOS VIAJES A BILBAO Y SAN SEBASTIÁN
8. EL INICIO DE LA ACTIVIDAD APOSTÓLICA EN SEVILLA
9. EL SEGUNDO VERANO EN LAS MILICIAS UNIVERSITARIAS
10. LA SEMANA DE TRABAJO DE 1943
11. EL SEGUNDO INFORME DE FALANGE SOBRE EL OPUS DEI
12. EL AMBIENTE UNIVERSITARIO Y LAS CÁTEDRAS
13. LUCES Y SOMBRAS SOBRE EL OPUS DEI EN 1943
14. EL PRIMER CENTRO DE MUJERES
15. LA EVALUACIÓN DEL CURSO 1942-43

IV. UN AÑO DE CRECIMIENTO EN EL APOSTOLADO UNIVERSITARIO (1943-44)

1. LA ACCIÓN PASTORAL DEL FUNDADOR
2. LOS TRES CENTROS Y LAS DOS RESIDENCIAS DE MADRID
3. LOS DOS CENTROS DE BARCELONA
4. EL IMPULSO DE LA RESIDENCIA DE SAMANIEGO EN VALENCIA

5. EL CRECIMIENTO SOSTENIDO DE EL RINCÓN
6. LA LLEGADA DE REFUERZOS A ZARAGOZA
7. EL DESARROLLO EN EL PAÍS VASCO
8. LA ACTIVIDAD EN SEVILLA
9. LOS INICIOS EN SANTIAGO DE COMPOSTELA
10. EL TERCER VERANO EN LAS MILICIAS UNIVERSITARIAS
11. LA PRIMERA CONVIVENCIA EN LA PILILLA
12. EL TERCER INFORME DE FALANGE SOBRE EL OPUS DEI
13. EL MUNDO UNIVERSITARIO
14. LA POSICIÓN DEL OPUS DEI EN 1944
15. LA ACTIVIDAD APOSTÓLICA CON MUJERES
16. LA APRECIACIÓN DEL CURSO 1943-44

V. LA PREPARACIÓN DE LA EXPANSIÓN INTERNACIONAL (1944-45)

1. LOS RETIROS DEL FUNDADOR Y DE LOS TRES NUEVOS SACERDOTES
2. EL GRAN DESARROLLO EN MADRID
3. EL SALTO DE CALIDAD EN BARCELONA
4. EL CRECIMIENTO DE SAMANIEGO
5. EL RINCÓN SE QUEDA PEQUEÑO
6. EL AVANCE LENTO EN ZARAGOZA
7. DESDE SEVILLA A CÓRDOBA Y GRANADA
8. EL CENTRO DE LA CALLE CORREO EN BILBAO
9. EL SEGUNDO CURSO EN SANTIAGO
10. EL CUARTO VERANO EN LAS MILICIAS UNIVERSITARIAS
11. LA PRIMERA CONVIVENCIA EN MOLINOVIEJO
12. LOS VIAJES DEL FUNDADOR DEL OPUS DEI A PORTUGAL
13. LAS SOSPECHAS DE FALANGE SOBRE EL OPUS DEI
14. EL CLIMA UNIVERSITARIO
15. ALGUNOS ASPECTOS DEL OPUS DEI EN 1945
16. LA PRIMERA *CAMPAÑA DE PRENSA* SOBRE EL OPUS DEI
17. EL CRECIMIENTO DEL APOSTOLADO FEMENINO
18. LA ESTIMACIÓN DEL CURSO 1944-45

CONCLUSIONES

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES DOCUMENTALES

II. FUENTES ORALES: ENTREVISTAS DEL AUTOR

III. PUBLICACIONES PERIÓDICAS

IV. BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE DE PERSONAS

ARCHIVO FOTOGRÁFICO

AUTOR

SIGLAS

ACE	Acción Católica Española
ACNdeP	Asociación Católica Nacional de Propagandistas
AFF	Archivo de la Fundación Francisco Franco
AGA	Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares (Madrid)
AGP	Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (Roma)
AGUN	Archivo General de la Universidad de Navarra (Pamplona)
AHIg	Anuario de Historia de la Iglesia
An Th	Annales Theologici
BOE	Boletín Oficial del Estado
CEU	Centro de Estudios Universitarios
CCMM	Congregaciones Marianas
CIAN	Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
JAC	Juventud de Acción Católica
JAÉ	Junta de Ampliación y Estudios
RHE	Revue d'Histoire Ecclésiastique
Scr Th	Scripta Theologica
SetD	Studia et Documenta

SEU Sindicato Español Universitario

INTRODUCCIÓN

EL LIBRO QUE EL LECTOR TIENE EN SUS MANOS trata del día a día del Opus Dei entre los años 1940 y 1945, y está pensado como continuación de la monografía titulada *Posguerra*, sobre el desarrollo de la Obra[1] durante los años 1939 y 1940[2]. Los dos libros enlazan con dos obras publicadas por el historiador José Luis González Gullón, una sobre la Academia-Residencia DYA y otra acerca del Opus Dei durante la Guerra Civil[3].

Entre otras cosas, la monografía sobre el desarrollo del Opus Dei en el primer lustro de los años cuarenta presenta un relato histórico sobre cómo se desarrolló el Opus Dei durante los años de la posguerra española. Vale la pena tener en cuenta que al terminar la Guerra Civil española en 1939 José María Escrivá[4] contaba con catorce hombres y dos mujeres, y cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial en 1945 eran más de doscientos veinte varones y casi treinta mujeres.

Como historiador persigo dar a conocer quiénes fueron los miembros en aquellos tiempos y qué hicieron para expandir el Opus Dei. Gracias al impulso de Escrivá extendieron la Obra por las principales ciudades españolas y pensaron en la consiguiente expansión internacional. Por tanto, este libro es un ejercicio de microhistoria al centrar el objeto de estudio en una institución de dimensiones pequeñas durante un lustro de su existencia en una fase de desarrollo creciente. Al mismo tiempo, se pretende situar la Obra en su contexto histórico nacional en la posguerra española e internacional en torno a la Segunda Guerra

Mundial. Fue un momento específico de la historia del Opus Dei, en el cual el crecimiento numérico era una tarea prioritaria.

Deseo indicar claramente que esta investigación no se reduce a las personas que hicieron la petición de admisión en el Opus Dei en aquellos años, sino que se extiende a los que participaron en las actividades de formación cristiana, sin incorporarse jurídicamente a la Obra. A lo largo de estas páginas, el relato se centrará fundamentalmente en las actividades de la Obra con varones, pero también me referiré brevemente a las actividades de las mujeres —la mayoría eran hermanas de los hombres del Opus Dei—, que tuvo un desarrollo numéricamente menor en aquellos años[5].

Entre las fuentes documentales he consultado el Archivo General de la Prelatura en Roma. He leído los diarios de los centros del Opus Dei y las residencias de estudiantes de varias ciudades[6]; los relatos de viajes redactados por los que se desplazaban desde Madrid a otros lugares para conocer a jóvenes universitarios que pudieran estar interesados en conocer la Obra; la correspondencia conservada; y los recuerdos escritos y orales de buena parte de los protagonistas de esta historia. Se trata de unas fuentes importantes, pero unilaterales, ya que los documentos fueron elaborados por miembros del Opus Dei, que eran jóvenes y se dejaban llevar por el entusiasmo. También he investigado en los fondos personales de algunos hombres del Opus Dei disponibles en el Archivo General de la Universidad de Navarra. He visto fondos del Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), del Archivo Fundación Nacional Francisco Franco y del Archivo General de Palacio. En estudios futuros me gustaría poder investigar en otros archivos para llegar a una presentación aún más completa.

Acerca de la metodología elegida, como historiador aspiro a que las fuentes hablen por sí solas e intento

explicar y contextualizar lo que aparece en los documentos de la época y, concretamente, mostrar el desarrollo de una institución a través de las personas que la componen[7]. En pocas palabras, trato de escribir la historia tal y como sucedió en el pasado. Por consiguiente, sigo un orden cronológico e intento ver con los ojos de los protagonistas los sucesos grandes y pequeños del momento en el que vivieron. Así pues, cuento lo que pasó sin adelantarme al porqué, pero con la intención de descubrir por qué pasó lo que pasó. De este modo, el relato resulta deliberadamente más expositivo que analítico. A lo largo del libro aparecen muchos nombres, datos abundantes y algunas tablas porque considero que esta investigación presenta un tema poco conocido y basado en fuentes inéditas. En algunos momentos, el relato no será muy fluido por la información copiosa que deseo mostrar.

A un lector poco versado en la historia del Opus Dei quizá podrá sorprenderle el crecimiento experimentado por una institución joven en cinco años, multiplicándose por tres el número de miembros. También le puede llamar la atención el número no pequeño de jóvenes que hicieron la petición de admisión en la Obra y no siguieron adelante. Conviene tener en cuenta que bastantes chicos y chicas se entusiasmaron con un mensaje nuevo y decidieron dar el primer paso en el proceso de incorporación al Opus Dei al hacer la petición de admisión. Algunas de estas personas se desvincularon probablemente por no entender la naturaleza de la vocación a la Obra, otras porque no se sentían capaces de perseverar con el paso del tiempo, y muchas por otros motivos que veremos a lo largo del libro.

El libro se divide en cinco capítulos, que coinciden con los correspondientes años académicos. El primer capítulo recorre el curso 1940-41, en el que se produjo el primer viaje de expansión internacional, que tuvo lugar en tierras portuguesas protagonizado por José Luis Múzquiz. El siguiente capítulo se titula «La batalla de la formación»,

por la importancia que Escrivá dio a la formación en el espíritu del Opus Dei en aquellos años. En el curso 1941-42, la primera promoción del Centro de Estudios comenzó a recibir formación en la casa ubicada en la confluencia de la calle Lagasca con la calle Diego de León. El Opus Dei cada vez era más conocido dentro de España y se multiplicaron los rumores sobre qué era y qué no era la Obra. En este contexto hubo algunos choques e incomprensiones con la Acción Católica y las Congregaciones Marianas. Del tercer capítulo cabe destacar el inicio de la actividad en Sevilla y una semana de trabajo a la que el fundador convocó solamente a los «mayores» del Opus Dei. El capítulo cuarto presenta el crecimiento de la Obra favorecido por la aprobación de la Santa Sede. En el curso 1943-44 recibieron la ordenación sacerdotal tres de los primeros miembros y se inició la actividad apostólica en Santiago de Compostela. El último capítulo muestra un desarrollo progresivo, que se manifestó en la apertura de centros y residencias en Bilbao y Santiago de Compostela y en los planes de expansión internacional al terminar la guerra mundial.

Los primeros años cuarenta se caracterizaron por ser un periodo en el que los miembros del Opus Dei dieron un impulso creciente al desarrollo de las actividades apostólicas en la mayor parte de las ciudades universitarias. Los afanes apostólicos impulsados por Escrivá se centraron primordialmente en los estudiantes. Escrivá pensó que para poder llevar el mensaje del Opus Dei a toda la sociedad debía comenzar por personas jóvenes con tiempo y capacidad para formarse bien y con ilusión para sacar adelante la empresa espiritual. Uno de los fines del Opus Dei era acercar a los intelectuales a la Iglesia. La opción por los intelectuales no respondía a una cuestión elitista, sino a razones estratégicas, es decir, a través de los alumnos y de los profesores universitarios se

podía hacer llegar el mensaje del Evangelio antes, más y mejor a todos los sectores de la sociedad.

Ha pasado ya más de medio siglo desde la publicación del primer libro sobre la historia del Opus Dei. En 1968, Daniel Artigues —pseudónimo del hispanista francés Jean Bécarud— se preguntó en las primeras páginas de su ensayo si el Opus Dei era una institución católica moderna o bien una sociedad secreta y elitista. Contestó que solamente un análisis histórico podría dar cuenta del complejo camino recorrido por la Obra[8]. A pocos años del centenario de la fundación del Opus Dei parece que ha llegado el momento de conocer la historia de la institución a través de fuentes documentales fidedignas.

Por último, quiero agradecer la ayuda recibida de mis colegas del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer (Pamplona) y del Istituto Storico San Josemaría Escrivá (Roma), y en particular a las personas que trabajan en el Archivo General de la Prelatura y en otros archivos. Y también doy las gracias a Mercedes Alonso, Constantino Ánchel, Juan Fornés, Ignacio Olábarri y Carlo Pioppi que leyeron atenta y críticamente la primera versión del manuscrito.

[1] A lo largo del libro empleo normalmente la expresión latina *Opus Dei*, que en su traducción al castellano sería la “Obra de Dios”, y en versión abreviada “la Obra” que pienso utilizar en el texto.

[2] Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ, *Posguerra. La primera expansión del Opus Dei durante los años 1939 y 1940*, Rialp, Madrid, 2018.

[3] José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Rialp, Madrid, 2016; Id., *Escondidos. El Opus Dei en la*

zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939), Rialp, Madrid, 2018.

[4] En este libro utilizo el nombre y el primer apellido del fundador del Opus Dei en ese tiempo: José María Escrivá. También cito el primer apellido de su sucesor sin la contracción “del”: Álvaro Portillo.

[5] Sobre las primeras mujeres del Opus Dei se han multiplicado los estudios en los últimos años, véase Inmaculada ALVA, “El apostolado del Opus Dei entre mujeres: un segundo comienzo (1937-1942)”, SetD 12 (2018), pp. 193-197; Id., “Abrir nuevos caminos: algunas pioneras en los inicios de los apostolados del Opus Dei entre mujeres (1942-1945)”, SetD 14 (2020), pp. 65-108; Francisca COLOMER, “Ramona Sanjurjo Aranaz y los inicios del Opus Dei en Vigo”, SetD 12 (2018), pp. 303-315; Francisca R. QUIROGA, “Apuntes para una reseña biográfica de Narcisa González Guzmán, una de las primeras mujeres del Opus Dei”, SetD 4 (2010), pp. 361-363; Mercedes MONTERO, “La editorial Minerva (1943-1946): un ensayo de cultura popular y cristiana de las primeras mujeres del Opus Dei”, SetD 11 (2017) pp. 227-263; Id., “La formación de las primeras mujeres del Opus Dei (1945-1950)”, SetD 14 (2020), pp. 109-142; Id., *En vanguardia. Guadalupe Ortiz de Landázuri (1916-1975)*, Rialp, Madrid, 2019.

[6] Los centros son lugares donde viven en común algunos miembros para conservar y expandir el espíritu del Opus Dei. Sobre el diario como fuente histórica, véase GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia...*, p. 15; José ORLANDIS, *Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*, Rialp, Madrid, 1992, p. 10.

[7] Sobre maneras de hacer la historia del Opus Dei, véase José Andrés-Gallego, “La historia religiosa en España”, en Antón M. PAZOS (ed.), *La historia religiosa en Europa. Siglos XIX-XX*, Ediciones de Historia, Madrid, 1995, pp. 1-2; Federico M. REQUENA — José Luis González Gullón, “Escribir la historia del Opus Dei. Algunas consideraciones historiográficas”, en Luis MARTÍNEZ FERRER (ed.), *Venti secoli di storiografia ecclesiastica. Bilancio e prospettive*, Edusc, Roma, 2010, pp. 413-414, p. 425.

[8] Daniel Artigues, *El Opus Dei en España. Su evolución ideológica y política 1928-1957*, Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 2. Años después, Bécarud reconoció que no había acertado al comparar el Opus Dei con la Institución Libre de Enseñanza. Por el mismo motivo, este autor detectó errores en el método de investigación empleado (Jean BÉCARUD, “El itinerario de un hispanista en la época de Franco”, *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 39 [2000], pp. 39-61).

I.

EL DESARROLLO DEL OPUS DEI EN EL CURSO 1940-41

ESTE CAPÍTULO MUESTRA EL DESARROLLO de las actividades de los miembros del Opus Dei en varias ciudades durante el curso 1940-41, en particular en Madrid, Barcelona, Valencia y Valladolid. El ambiente en el que se movían las personas de la Obra se caracterizaba por la carestía de los bienes básicos y por el temor ante la probable entrada de España en la Segunda Guerra Mundial. En el contexto de hambre y miedo, el embajador alemán en Madrid, Eberhard von Stohrer, redactó un informe sobre la situación de la economía española a mediados de noviembre de 1940:

La situación interna de España se ha hecho más crítica en las últimas semanas [...]. Los sectores más pobres del pueblo en ciertas partes de España están hoy sin pan durante días y a veces durante semanas[1].

En las grandes ciudades, la vida cotidiana estaba marcada por los problemas de la subsistencia. La mayor dificultad no fue el racionamiento de productos básicos, sino la carencia de alimentos para atender a la población urbana. Las condiciones de vida no mejoraron con el paso de los meses, y se mantuvo el sistema de cartillas de racionamiento durante más de diez años. La ley de 4 de enero de 1941 sobre producción, abastecimiento y transporte impuso graves sanciones al que incumpliera las medidas adoptadas por el Gobierno[2].

En ese contexto de penuria, el ingeniero José Luis Múzquiz viajó a Lisboa, Coímbra y Oporto en marzo de

1941, como paso previo al posible traslado de personas del Opus Dei a Portugal. La Península Ibérica permanecía al margen del conflicto mundial, pero la situación —tanto en España como en Portugal— era precaria ante los países beligerantes. Mientras tanto, el ejército alemán seguía su marcha imparable tras las victorias en el norte de África y en los Balcanes. La prolongación de la guerra influyó en el retraso prolongado de la expansión internacional del Opus Dei.

Antes de entrar en materia, conviene tener en cuenta que la actividad desplegada por Escrivá y sus seguidores comenzó a ser cada vez más conocida en la sociedad española. Esto provocó incomprensiones por parte de personas que no entendían el mensaje del Opus Dei y también de instituciones que pensaban en la aparición de un competidor en el campo de la formación de la juventud española. La presencia de la Obra en un número creciente de ciudades dio lugar a malentendidos, e incluso a calumnias y celotipias. Algo había intuido el fundador en la *Carta circular* del 9 de enero de 1939 sobre los tiempos difíciles de la posguerra:

Todo lo demás (escasez, deudas, pobreza, desprecio, calumnia, mentira, desagradecimiento, contradicción de los *buenos*, incomprensión y aun persecución de parte de la autoridad) todo, no tiene importancia, cuando se cuenta con Padre y hermanos, unidos plenamente por Cristo, con Cristo y en Cristo. No habrá amarguras, que puedan quitarnos la dulcedumbre de nuestra bendita Caridad[3].

Al mismo tiempo, muchos religiosos y religiosas, sacerdotes y seminaristas escucharon predicar ejercicios espirituales a Escrivá, que cobraron auge en la posguerra. En líneas generales, el Opus Dei recibió una buena acogida por parte de los obispos. La actividad eclesial del fundador tendió a colaborar en las tareas de recristianización o de restauración católica después de la Segunda República y de la Guerra Civil. Como escribieron lúcidamente los historiadores Feliciano Montero y Joseba Louzao:

El final de la guerra dejó el campo libre para desarrollar la «restauración católica» con los más diversos métodos e instrumentos: era «la hora católica» de España, y no se quería echar a perder[4].

El eco de la predicación de Escrivá y el crecimiento llamativo de jóvenes universitarios que le seguían repercutieron sobremanera en provocar incomprensiones, como se verá en este capítulo.

Por último, antes de comenzar el primer apartado, deseo citar unas palabras del libro de Javier Tusell *Franco y los católicos*, en las que advirtió de la conveniencia de no exagerar la identidad entre la Iglesia y el Estado y sugirió descubrir las diferencias entre las distintas realidades católicas después de la Guerra Civil:

El hecho de insistir en la identidad nacional-católica de todos los sectores agrupados en torno al caudillaje de Franco no nos puede, sin embargo, inducir a creer que no hubiera tensiones. Por el contrario, éstas existieron y fueron, además, en algún momento, graves[5].

1. LA ACTIVIDAD DEL FUNDADOR Y LAS PRIMERAS INCOMPRENSIONES

Por aquel entonces, José María Escrivá, que iba a cumplir treinta y nueve años, era rector del Patronato de Santa Isabel, y comenzaba a ser cada vez más conocido en España merced a la difusión de su libro *Camino* y al desarrollo de los apostolados del Opus Dei más allá de Madrid. Su fama se había ido propagando y le llegaron invitaciones de todo tipo. En algunas ocasiones no pudo aceptar, como por ejemplo la propuesta reiterada del presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNdeP) de ser capellán del Centro de Estudios Universitarios (CEU). El CEU, centro universitario joven en fase de crecimiento, tenía más de doscientos alumnos matriculados en Derecho y Lenguas Clásicas, y nueve de sus profesores acababan de obtener la cátedra[6]. Otras veces, el fundador pudo responder afirmativamente, como al ofrecimiento de dar clases en la Escuela de Periodismo como profesor de Ética. El nombramiento se

debía al director general de Prensa, Enrique Giménez Arnau, compañero de Escrivá en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza[7].

Como ya se ha dicho, Escrivá era conocido por la predicación de ejercicios espirituales por diversas diócesis. Solía acceder a las no pocas peticiones de los obispos de dar cursos de retiro: si en el curso 1939-40 había dado nueve tandas a sacerdotes, seminaristas, religiosos y seglares, en el curso siguiente predicó cuatro más[8].

A partir del verano de 1940, los malentendidos y las murmuraciones contra el Opus Dei se multiplicaron. A mediados de septiembre, Escrivá solicitó ser recibido en el Ministerio de la Gobernación porque había oído que su nombre circulaba en asuntos políticos y quería explicar que esta afirmación carecía de fundamento: «Yo no me meto ¡ni de lejos! en cosas que no sean sacerdotales: soy sacerdote y solo sacerdote. —Me mezclaban en asuntos de carácter político y profesional. ¡Dios me libre!»[9].

Escrivá pidió a su amigo Juan José Pradera[10], director del periódico *Ya*, que explicara a Pedro Gamero del Castillo, ministro sin cartera y vicesecretario general de Falange, que nunca se había metido en política y, de esta manera, se deshiciera la calumnia. Poco después, Gamero negó a Pradera que hubiera dicho algo vejatorio sobre Escrivá; al contrario, aseguró tenerle cierta estima[11].

Esta situación de incomprensión por parte de la autoridad política y, sobre todo, por algunos religiosos — como se verá más adelante— condujo a Escrivá a hacer suya la sugerencia del obispo de Madrid para activar la primera aprobación canónica del Opus Dei como Pía Unión. El 14 de febrero de 1941, el fundador solicitó a la curia madrileña dar forma canónica a la actividad de apostolado iniciada en 1928. El 19 de marzo de 1941, Eijo confirmó los primeros reglamentos de la Obra con el fin de definir y defender una realidad, que había nacido en Madrid y comenzaba a extenderse por otras diócesis[12].

Con esta medida, el obispo de Madrid aspiraba a proteger con toda su autoridad a una institución que sufría críticas en esos momentos. De este modo, se daba un reconocimiento oficial por parte de la autoridad eclesiástica competente y se manifestaba un apoyo al trabajo realizado por el Opus Dei desde sus primeros pasos[13].

A lo largo de 1941, las habladurías sobre el Opus Dei unieron las voluntades de Eijo y Escrivá, que defendieron lo que consideraban como algo propio[14]. Eijo intervino en bastantes ocasiones como protector del Opus Dei, actuando algunas veces por iniciativa propia y en otras ocasiones tras hablar con el fundador[15].

A los pocos días, el obispo de Madrid comunicó la aprobación diocesana al nuncio y aprovechó la ocasión para hacer un panegírico de Escrivá[16]. Por consejo de Eijo, el fundador envió copias del decreto a los obispos de las ciudades donde había personas del Opus Dei[17].

Además del envío de copias de documentos y cartas, Eijo explicó el Opus Dei a obispos con motivo de una reunión de la comisión de enseñanza. Después del verano hizo lo mismo con el arzobispo de Santiago[18].

En el «Reglamento» aprobado por el obispo de Madrid en 1941, el artículo doce aconsejaba a los socios que no hablasen del Opus Dei con personas ajenas a esta empresa sobrenatural, cuya actividad debía ser callada y modesta. Escrivá exhortaba a los jóvenes de la Obra a ser discretos, sin misterios ni secretos, y recomendaba no manifestar su pertenencia a cualquiera[19]. También la discreción apareció en la segunda versión de las llamadas «Advertencias para los viajes» en el sexto punto:

6.º Se extremará la discreción, dándose cuenta que cualquier frase o comentario dicho con ligereza puede ocasionar graves perjuicios a nuestra labor, y que, de acuerdo con nuestro espíritu, se ha de ver con alegría cualquier manifestación de celo[20].

La palabra discreción apenas había sido mencionada en el primer curso de la posguerra, pero a partir de 1941 aparecía frecuentemente en las advertencias de los viajes, en los círculos, en las cartas, etcétera. Ante las maledicciones contra el Opus Dei, en las «Advertencias para los viajes» se recomendaba prudencia y cautela a los jóvenes. También se pedía rezar por los obispos de las ciudades en las que había actividades formativas y a las que se viajaba desde Madrid[21].

2. LOS TRES CENTROS DE MADRID

En Madrid se abrieron dos nuevos centros: uno en la esquina de las calles Lagasca y Diego de León, y otro en el número 15 de la calle Martínez Campos. Además, se mantenía el alquiler de los pisos situados en el número 6 de la calle Jenner, como se verá a continuación.

La residencia de Jenner

En el segundo año de funcionamiento de la residencia de la calle Jenner permaneció un grupo pequeño de antiguos residentes y se incorporaron un elevado número de nuevos, pocos días antes de la apertura del curso académico[22].

En el inicio del nuevo curso vivían treinta residentes. El director era Justo Martí, licenciado en Derecho, quien contaba con el apoyo de diez miembros del Opus Dei: Eduardo Alastrué, al que le faltaba la asignatura de Botánica para terminar la carrera de Ciencias Naturales y dedicaba parte de su tiempo a las actividades del sindicato estudiantil falangista; Alberto Sols, que estaba terminando Medicina; Francisco Ponz, que cursaba el último año de Ciencias Naturales; Juan Antonio Galarraga y Jesús Larralde, compañeros en la Facultad de Farmacia; Félix Íñiguez de Onzoño, estudiante de Ciencias Exactas que se preparaba para el ingreso en la Escuela de Arquitectura; Adolfo Rodríguez Vidal, estudiante de segundo curso de

Ciencias Exactas que quería ingresar en la Escuela de Ingeniería Naval; José María Casciaro, estudiante de último curso de bachillerato en el Instituto Ramiro de Maeztu; Alfonso Villuendas, que se preparaba para el ingreso en la Escuela de Ingeniería de Caminos y José Ramón Madurga, que se matriculó en primer curso de la Escuela de Ingenieros Industriales.

Entre los residentes veteranos se encontraban los vascos Emiliano Amann, estudiante de Arquitectura; Carlos Arancibia, de Ciencias Químicas, y Ángel Galíndez, de la Escuela de Ingenieros Agrónomos. A estos se sumaron cuatro bilbaínos más: el hermano de Emiliano Amann, Rafael; el estudiante de Derecho y Filosofía y Letras Javier Domínguez Marroquín; Javier Smith, que preparaba el ingreso a Ingeniero Naval, y Rafael Garamendi.

De Zaragoza llegaron varios de la misma promoción del Colegio El Salvador junto con los ya citados Madurga y Villuendas: Ignacio Ducay, que cursaba los estudios de Ayudante de Obras Públicas, y Alberto Frutos, de primer curso de la Escuela de Ingenieros Industriales.

En los primeros días se instalaron el valenciano Bernardo García Rodrigo, que estudiaba Ingeniería Agrónoma, el asturiano Manuel Lantero y el andaluz Aurelio López. Algunos residentes se preparaban para el ingreso en las escuelas de Ingeniería, como el andaluz José Martín Valdés en la de Industriales, el valenciano Vicente Mortes y el sevillano Luis Fedriani en la de Caminos y el navarro Tomás Erice, que intentó entrar en la Escuela de Caminos pero optó finalmente por Medicina.

Por último, residió unas semanas el sacerdote Sebastián Cirac que preparaba oposiciones a cátedra y que había aceptado la propuesta de su amigo Escrivá de vivir en Jenner y celebrar diariamente la Misa en la capilla de la residencia. El 7 de noviembre de 1940 obtuvo la cátedra de Griego en la Universidad de Barcelona y se marchó para dar clases al mes siguiente[23].

Jenner era un lugar abierto para no residentes, es decir, acudían jóvenes universitarios a estudiar a la biblioteca y a rezar al oratorio. Entre estos, se encontraban siete chicos del Opus Dei que vivían en casa de sus padres: Álvaro del Amo, Salvador Canals, Félix Molina, Gonzalo Ortiz de Zárate, José Antonio Sabater, Alberto Ullastres y Fernando Valenciano[24].

Lo genuino de Jenner era el ambiente familiar y la formación humana que se ofrecía en la residencia. En el aspecto formativo, Escrivá solía predicar semanalmente una meditación y atendía a los que deseaban tener dirección espiritual. El 8 de diciembre de 1940 anunció que iban a comenzar unas clases de formación cristiana. A última hora de la tarde, antes de la cena, se iniciaron para los que querían asistir libremente, tanto para residentes como para sus amigos, los Círculos de San Rafael[25]. También Escrivá velaba por la convivencia pacífica de chicos jóvenes procedentes de distintas provincias, e invitaba a cultivar la amistad entre ellos. Además, Jenner se caracterizaba por un calor de hogar cristiano y alegre, según se desprende de los recuerdos de los residentes[26]. Poco después algunos residentes comenzaron a dar catequesis en un barrio periférico de Madrid, como se verá más adelante[27].

Después de las fiestas de Navidad, dos nuevos residentes llegaron a Jenner: el zaragozano José Gomá, amigo y compañero de colegio de Alfonso Villuendas, que preparaba el ingreso en la escuela de Caminos, y el vitoriano José Luis Saracho, que estudiaba para el acceso a la Escuela de Ingeniería Aeronáutica. A mediados de enero, se incorporó el asturiano Gonzalo Tapia, que quería estudiar Ingeniería de Montes. El ambiente de estudio tuvo un momento crítico, pero mejoró en los primeros días de 1941: «Se estudia más y se chilla menos»[28].

La mejora del ambiente de estudio y el inicio de los círculos coincidió con dos peticiones de admisión en el

Opus Dei: Bernardo García Rodrigo[29], valenciano que acababa de cumplir dieciocho años, e Ignacio Ducay, aragonés que iba a hacer diecinueve años[30].

El 2 de febrero estaba anunciado un día de retiro, de carácter voluntario, pero a última hora se aplazó dos semanas porque coincidía con una concentración del SEU (Sindicato Español Universitario) a la que quería asistir un grupo pequeño de residentes. Por la tarde se jugó un partido de fútbol en el campo del Colegio de Nuestra Señora del Pilar[31].

El tema de conversación de aquellos días era la noticia aparecida en la prensa sobre la posibilidad de participación española en la Segunda Guerra Mundial. El ministro del Aire, Juan Vigón, declaró que España debía prepararse para una eventual invasión alemana de la Península Ibérica[32].

Durante las vacaciones de Semana Santa, Jenner se transformaba cuando la mayor parte de los residentes dejaban libres las habitaciones y los miembros del Opus Dei de fuera de Madrid ocupaban temporalmente las plazas vacías. En aquellos días festivos se alojaron en la residencia para recibir formación espiritual Rafael Termes y Rafael Escolá, de Barcelona; Florencio Sánchez Bella, de Valencia; Luis Franco, de Bilbao; Alfredo Ojeda, Gonzalo Latasa, José Luis Cudós, Jesús Arellano e Ignacio Ducay, de Zaragoza; y Javier Silió, de Valladolid[33].

En abril, dos muchachos de veinte años hicieron la petición de admisión en el Opus Dei: Rafael Aizpún[34], estudiante navarro de Derecho, que solía asistir a las actividades de formación de la residencia; y un alumno valenciano de Ciencias Químicas, que era amigo de Alberto Sols, llamado Juan Cabellos[35].

Dos obispos, que eran amigos de Escrivá, visitaron la residencia: el de Pamplona, Marcelino Olaechea, celebró Misa en el nuevo centro del Opus Dei en la madrileña calle de Lagasca, a la que asistieron varios de Jenner; y el de

Ávila, Santos Moro, alabó el oratorio[36]. Al terminar la Eucaristía, el obispo de Pamplona pronunció unas palabras:

Después de dar gracias, nos ha dirigido unas palabras de aplauso y admiración, como jerarca de la Iglesia, para la [sic] Opus Dei, exhortándonos a seguir fieles, siempre con alegría, y sin hacer caso —«sin hablar siquiera»— de las pruebas a que Dios está sometiénola[37].

Unas semanas más tarde, Escrivá transmitió unas ideas al obispo de Pamplona para que hablara al abad de Montserrat, Aureli María Escarré[38], acerca de las noticias equivocadas que circulaban en determinados ambientes catalanes sobre el Opus Dei; y concretamente que le explicara lo siguiente:

Los socios de la Obra, como ciudadanos y como católicos, han de cumplir todos sus deberes y no renuncian a sus derechos. Su labor profesional se ejercita del mismo modo que la ejercitan los fieles que pertenecen a una orden tercera del Carmen, o de S. Francisco, o a una conferencia de S. Vicente de Paul; sin que el ser socios de las conferencias o terciarios franciscanos suponga otra cosa en el orden profesional que su interior vida cristiana[39].

A partir de mediados de mayo, los residentes multiplicaron las horas de estudio ante la cercanía de los exámenes. En el comedor y en los pasillos comentaron el acuerdo del Gobierno español con la Santa Sede[40] y las novedades de la guerra, según recogía Rodríguez Vidal en el cuaderno del diario:

La Residencia está excitada por las noticias de la guerra en el mar, y los ingenieros navales somos objeto de numerosas consultas. Esta noche ha habido un conato de discusión en la mesa de Smith, R. Amann, Saracho y yo, entre los dos primeros: Rafa Amann, que es bastante germanófilo, cree que Smith es anglófilo[41].

Sobre la división entre aliadófilos y germanófilos, Ponz escribió en su libro de recuerdos acerca de aquel momento histórico: «Se acusaba en algunas embajadas de Madrid de que sus miembros [los del Opus Dei] eran aliadófilos, mientras se decía en otras que eran germanófilos»[42].

En uno de sus libros de corte biográfico, José Orlandis apuntó que él mismo solía acudir con José Luis Múzquiz a

actos culturales del Instituto Británico porque ambos tenían simpatía por la causa inglesa durante la guerra. El mismo Orlandis y otros autores han subrayado que Escrivá daba entera libertad sobre esta cuestión y en otros temas políticos[43]. A estas alturas de la guerra, el Gobierno, la Falange, la prensa, los oficiales del ejército y buena parte de la población española eran germanófilos. En contraste, los partidarios de la causa aliada representaban una minoría, que iría creciendo con el paso de los meses[44].

También en el diario quedó anotado un acontecimiento histórico relevante: el domingo 22 de junio de 1941 comenzaba la invasión de Rusia por parte del ejército alemán. Como había escrito en *Mi lucha*, Hitler quería dominar toda Europa y, de este modo, superar a Napoleón, que había fracasado en la ocupación de Rusia. La prensa española aplaudió la nueva estrategia alemana de vencer a su antiguo aliado[45].

La propaganda oficial española sostenía que en la lucha contra la Unión Soviética se libraba un combate contra el comunismo iniciado en la Guerra Civil y que debía continuar a partir de ese momento. En el verano de 1941 se abrió el alistamiento de voluntarios para luchar contra el bolchevismo. El jefe del Estado envió la División Española de Voluntarios, más conocida como la División Azul, denominada así por el color de la camisa falangista. Franco argumentó que España mantenía la postura de no beligerante en la guerra mundial y, por consiguiente, no entraba en la guerra junto a Alemania e Italia, ya que se trataba de una acción únicamente contra el enemigo de España: la Rusia comunista aliada de la «anti España» en la Guerra Civil. Una nutrida representación de dirigentes y afiliados falangistas, un número elevado de estudiantes universitarios, y un grupo no pequeño de socios de Acción Católica marcharon a Rusia animados por la propaganda del régimen: «Rusia es culpable»[46].

El envío de más de cuarenta mil españoles y de cuatro mil combatientes de la Legión de Voluntarios Franceses aportados por el Gobierno colaboracionista de Vichy del mariscal Pétain, fue presentado a Pío XII como una cruzada contra el comunismo. Además de los franceses y españoles se sumaron belgas, croatas, daneses, holandeses, letones y estonios. A pesar de las presiones, el papa se negó a dar su bendición a esos contingentes armados como una especie de cruzada[47].

De los residentes de Jenner, Alastrué, que acababa de ser nombrado secretario nacional de la Delegación de Escuelas Especiales del Sindicato Español Universitario, se alistó como voluntario a combatir en Rusia, y también hicieron lo mismo Juan Jiménez Vargas y Miguel Fisac, que vivían en el centro de la calle Martínez Campos. De parte de Escrivá, Jiménez Vargas y Fisac visitaron al obispo de Madrid para preguntar su opinión sobre la conveniencia del alistamiento a la División Azul. Eijo les dijo que hicieran lo mismo que hacían sus amigos, es decir, alistarse. Después de hablar cerca de una hora sobre el Opus Dei, Jiménez Vargas recogió su impresión en una nota: «No se nos ha hecho pesado el tiempo de la visita. Tiene una fe en la O. [Obra] y una visión de nuestras cosas que es algo sencillamente providencial»[48].

Finalmente ninguno de los tres fue movilizado. En cambio, el valenciano Silverio Palafox, estudiante de primero de Medicina que había hecho la petición de admisión recientemente al Opus Dei, se alistó y estuvo en Rusia combatiendo año y medio[49].

Durante el verano de 1941, la residencia quedó casi vacía, y permanecieron solamente unos pocos encargados de vigilar las obras de carpinteros, pintores y albañiles, de contestar a las peticiones de plaza para el curso siguiente, y de hacer publicidad de Jenner en las academias de Madrid. La promoción resultó satisfactoria y la residencia a cargo del nuevo director, Teodoro Ruiz Jusué, se llenó de

nuevo para el curso siguiente. En su libro de recuerdos, José María Casciaro señaló que este verano fue más tranquilo que el anterior porque no se impartieron cursos intensivos ni hubo «exámenes patrióticos» en la universidad[50].

El nuevo centro Donadío

En el verano de 1940 pasó a ser un nuevo centro del Opus Dei en Madrid un edificio situado en el barrio de Salamanca, en la esquina de las calles Lagasca y Diego de León. El chalet era propiedad de los herederos del marqués de Donadío y, por este motivo, al nuevo centro del Opus Dei se le conocía como Donadío. El inmueble de aspecto señorial disponía de un jardín. La cocina se encontraba en el semisótano. El comedor y varios salones se distribuían en amplios espacios en la planta baja, y bastantes habitaciones y salas en las tres plantas del espacioso edificio. A lo largo del mes de octubre se realizó el traslado de una pequeña parte del mobiliario de Jenner a Donadío[51].

El último día de octubre se mudaron Álvaro Portillo, director del nuevo centro, que estaba terminando el último curso de Ingeniería de Caminos y trabajaba como ayudante de Obras Públicas; Isidoro Zorzano, que continuaba trabajando en las oficinas de los ferrocarriles y era el encargado de los asuntos económicos del Opus Dei; y la madre, Dolores Albás, y los dos hermanos de Escrivá, Carmen y Santiago, que ocupaban una zona aparte. La nueva casa necesitaba ambiente de hogar, y tanto Dolores Albás como su hija Carmen Escrivá trabajaron en la preparación de la comida, la limpieza y el cuidado de los detalles en Donadío. Lo mismo que sucedió en la residencia de la calle Jenner, a la madre y a la hermana del fundador les llamaban “la abuela” y “tía Carmen”. Unos días más

tarde, llegaron José María Escrivá, Juan Antonio Galarraga, José Orlandis y Vicente Rodríguez Casado[52].

Uno de los primeros residentes del nuevo centro era Juan Antonio Galarraga. Entre sus recuerdos nunca olvidó el frío pasado en los primeros meses: «Hacía mucho frío, ya que la casa había estado sin habitar bastante tiempo, era grande, con techos altos»[53].

Si bien Escrivá residía en Donadío, la realidad era que apenas estaba en este centro: muchos días se encontraba de viaje, o de predicación en otras ciudades, o bien de visita a nuevos centros de la periferia peninsular, y también dedicaba bastantes horas a estar pendiente de los residentes y de las mejoras de otros centros de Madrid[54].

A finales de enero de 1941, Rodríguez Casado y Orlandis se trasladaron al centro de Martínez Campos, mientras Galarraga se mudó a Jenner hasta que se terminaron las obras de Donadío. Buena parte del seguimiento de las obras y las instalaciones corrieron a cargo de Zorzano, que comenzó a sentirse fatigado y a perder peso. En el verano de 1941 le diagnosticaron un linfoma de Hodgkin, una enfermedad que provocaba una lenta degeneración del organismo[55].

El centro de la calle Martínez Campos

En pleno verano de 1940, Pedro Casciaro y Francisco Botella se trasladaron de la residencia de la calle Jenner, que se había quedado pequeña, a un piso alquilado en el número 15 de Martínez Campos, calle en la que había vivido Escrivá acompañado de su madre y sus hermanos antes de la guerra. Durante los primeros días, los dos jóvenes profesionales comían en Jenner, pero pasaban la mayor parte del día en la nueva casa. Después llegaron el doctor Juan Jiménez Vargas, el científico y secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) José María Albareda, el vicesecretario del CSIC Alfredo Sánchez

Bella, el físico e investigador del CSIC José María González Barredo, el arquitecto Ricardo Fernández Vallespín, el ingeniero José María Hernández Garnica, que cursaba el último curso de Ciencias Naturales, el estudiante de Arquitectura Miguel Fisac, y un doctorando de Medicina, que era el único que no pertenecía al Opus Dei, llamado Alfredo Carrato[56].

A finales de agosto, Rafael Calvo Serer pasó unos días en el nuevo centro. El historiador valenciano acababa de defender la tesis doctoral y quería presentar la documentación para opositar a una cátedra[57]. Ante el inicio de un nuevo año académico, se seguía hablando de la convocatoria de las numerosas cátedras vacantes como consecuencia de las bajas causadas por la guerra y los procesos de depuración de la posguerra. Tanto en un congreso de directores de Congregaciones Marianas como en la asamblea general de los Propagandistas se exhortó a sus asociados a opositar a cátedras. También Escrivá animó a los miembros del Opus Dei, que terminaban las tesis doctorales y se sentían capacitados, a presentarse a esas convocatorias[58].

Sobre este asunto, Zorzano escribió a Madurga, que iba a comenzar Ingeniería Industrial en la misma escuela de Madrid donde había estudiado hace años: «Hay varias tesis en perspectiva y se están preparando oposiciones a cátedras; también estos temas tienen que ser motivo de preocupación para todos»[59].

Entre los que aspiraban a la cátedra universitaria se encontraba Albareda. A sus treinta y ocho años tenía dos doctorados, uno en Farmacia y otro en Ciencias Químicas (premio extraordinario por su segunda tesis), dos libros y numerosos artículos, y varias estancias de investigación subvencionadas por la Junta de Ampliación y Estudios (JAE) en Alemania, Suiza y Reino Unido. En aquel momento era catedrático de Enseñanza Media, director del Instituto